



Unione Superiori Generali  
Via dei Penitenzieri, 19  
00165 Roma

Unione Internazionale Superiore Generali  
P.zza di Ponte S. Angelo, 28  
00186 Roma

---



## LA TEOLOGÍA DE LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS DE LA VIDA CONSAGRADA APOSTÓLICA

Sylvie Robert, sa

¿Cuál es la relación específica de los “consejos evangélicos” con la vida consagrada apostólica?

Reflexionar sobre esta cuestión supone precisar primero el lugar de los tres votos en una teología de la vida religiosa, y situarlos con relación al carácter apostólico de toda la vida religiosa para comprender su propia dimensión apostólica.

### 1. Los tres votos: su lugar al interior de una comprensión teológica de la vida religiosa

Sigue siendo bastante corriente definir la vida religiosa, siguiendo a Tomás de Aquino<sup>1</sup>, por los tres votos clásicos de pobreza, castidad, obediencia. Sin embargo nos encontramos entonces con dificultades mayores.

Sabemos que esta tríada no existía al inicio de la vida religiosa; apareció bastante después cuando la vida religiosa era ya muy diversa<sup>2</sup>. No figura como tal en toda profesión religiosa. Por lo tanto no puede definir la vida religiosa.

Además, tal definición se basa en una distinción, en sí problemática, entre “consejos” y “preceptos”. Esta distinción, que no es bíblica, ha llevado a hacer una diferencia entre “la vía común” y un “camino de perfección”, una especie de “cristianismo a dos velocidades” creando así diferentes “clases de bautizados”: como si el hecho de recibir el evangelio no requiriese la misma radicalidad según los estados de vida... La vida religiosa aparece entonces como un “plus” con relación al bautismo<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> “Los tres votos de religión componen lo esencial de toda vida religiosa” según Tomás de Aquino (Suma Teológica, IIa IIae, q. 188, art. 1, dif. 2).

<sup>2</sup> Cf J.M.R. Tillard: “La tríada clásica, parece que aparece, tímidamente, a mediados del siglo XII. (...) La fórmula parece encontrar su autoridad definitiva sólo en 1405 bajo la autoridad de Inocencio VII. Se extenderá rápidamente, sin que por ello se imponga totalmente en las fórmulas de profesión. La tradición benedictina guardará la tríada : estabilidad – conversation morum – obediencia. La tradición dominica siguió guardando una sola profesión, la obediencia. El Oriente ortodoxo lo ignora.” (Devant Dieu et pour le monde, París, Cerf, 1977, p. 121).

<sup>3</sup> La Exhortación Vita Consacrata intenta evitar esta dificultad hablando de una llamada “especial”, “particular”, “específica”, pero no consigo hacerlo completamente, un cierto número de expresiones manifiestan el “plus”, la superioridad, la “excelencia objetiva de la vida consagrada” (nº 18).

Todo cristiano está llamado a la perfección de la caridad<sup>4</sup>, a poner a Cristo en el centro de su existencia, a decirle: "Tú solo eres el Señor. Y, en una eclesiología de comunión, ninguna vocación tiene sentido aislada. Los bautizados con vocación al matrimonio hacen la elección radical por Cristo recibiendo a su conyugue y después a sus hijos, si los tienen; el "Tú solo" que dirigen a Cristo no puede ser efectivo sin un "tú solo" dirigido a su conyugue. Los que son llamados a la vida religiosa hacen la opción radical por Cristo sin conyugue y descendencia; dicen a Cristo un "Tú solo" sin otro "tu solo" entrando así en un modo de vida fraterna. Los orígenes de la vida religiosa en el monacato nos recuerdan, de hecho, que la elección del celibato era la elección a unificar la vida en Dios, para amar así más ampliamente. Esa elección del celibato y las dos dimensiones de una vida unificada por el deseo de Dios y por el amor a la humanidad diferente del amor conyugal, pero un amor fraterno, son las marcas de la vida religiosa.

Tal es la propuesta (*propositum*) fundamental de la vida religiosa<sup>5</sup>, sobre la cual se deben comprender los tres votos clásicos. Si se ha explicitado y conservado esta triada es a causa de su fuerza antropológica: muestra como todo el ser, en su dinamismo fundamental, es el lugar de la encarnación de la ofrenda a Dios solo que viven los religiosos<sup>6</sup> sin ningún otro "tú solo".

## 2. Los votos y la naturaleza apostólica de la vida religiosa

Así restituidos, los tres votos no son ni el principio ni el corazón de la dimensión apostólica de la vida religiosa. La razón de ser y el arraigo en la misión de la vida religiosa se encuentran en ese "Tú solo" original, con todo lo que implica.

---

<sup>4</sup> Esto está clarísimo en Tomás de AQUINO: "Por sí misma y esencialmente, la perfección de la vida cristiana consiste en la caridad, principalmente en el amor a Dios, después, secundariamente, en el amor al prójimo, amores a los que se refieren los principales preceptos de la Ley divina. Ahora bien, es importante señalar que el amor a Dios y al prójimo no caigan sobre el precepto siguiendo solo una medida limitada, siendo la demás simplemente un consejo. (...) "La caridad es el fin mismo del precepto" como dice san Pablo. Ahora bien, cuando se trata del fin, no se pueden guardar medidas. (...) La perfección consiste esencialmente en los preceptos. (Suma Teológica, I-II, q. 184, art 3, concl.)

<sup>5</sup> Cf La aclaración importante que ofrece Philippe LECRIVAIN sobre el *propositum* inicial y fundamental de la vida religiosa, que se traduce por el "voto de profesión": "Entregarse al Señor no quiere decir 'hacer sus votos'. Son dos registros diferentes: uno expresa la determinación profunda de la persona, la otra una economía de decisiones enraizadas en esta determinación y buscando expresarla." (Une manière de vivre, Les religieux aujourd'hui, Bruxelles, Lessius, 2009, p.42)

<sup>6</sup> Enzo BIANCHI lo resume así: "las exigencias evangélicas son muchas y pueden reducirse a tres; Sin embargo estas tres virtudes (castidad, pobreza y obediencia), por su carácter antropológico, pueden resumirlas y sintetizarlas. Las ciencias humanas también llegan a esta triada, cuando indican las tres *libidines* que constituyen la naturaleza humana en su profundidad: la *libido amandi*, la *libido possidendi* y la *libido dominandi*. Desarrollamos nuestra personalidad, maduramos, nos humanizamos en relación a estos tres puntos, pero en ellos también podemos hacernos idólatras, contradiciendo al Dios vivo y verdadero, y instaurando una lógica portadora de muerte en las relaciones inter-humanas. La gran tradición espiritual ha indicado gradualmente la castidad, la pobreza y la obediencia como frutos de una lucha contra la idolatría, frutos de una lucha espiritual, los signos distintivos del seguimiento al Señor. A través de ello los religiosos tienen que mostrar que siguen concretamente al Señor; tienen que mostrar en su carne, por sus vidas, a través de su ser y hacer: deben mostrar que siguen al Señor, diariamente y concretamente, a la vez en comunidad e individualmente." (Si tu savais le don de Dieu, tr. Fr. Bruselas, Lessius, 2001, p.74)

En efecto ese “tú solo” sin ningún otro “tú solo” es, para los religiosos, el espacio de apertura al amor de Dios y de su respuesta a ese amor, dentro del movimiento de Dios hacia la humanidad. En el cristianismo, en virtud de la unidad entre los dos mandamientos, no hay apertura auténtica al amor de Dios que no sea apertura al amor al prójimo. A imagen de Cristo cuyo don sin reserva al Padre es don para la vida de la humanidad, acoger auténticamente el amor de Dios es volverse a sus hermanos y hermanas; cuando no hay un “tú solo” humano este movimiento, recibido del amor de Dios por la humanidad, va, en principio, a todos, al infinito.

A imagen de Cristo, cuya identidad de Hijo bien amado es al mismo tiempo la de Enviado del Padre, es la relación a Dios que envía a todo cristiano al mundo: recibiendo con el Hijo y en el Espíritu el movimiento de amor del Padre, somos enviados. Ahí está el vínculo entre contemplación y misión: la primera no está separada de la vida apostólica, ya sea precediéndola o siguiéndola. La vida religiosa vive este envío de una manera propia: a diferencia del ministerio, la vida religiosa, aún más la apostólica, no consiste primero en una función a realizar. La obra apostólica, es la obra de Dios en el religioso; el instrumento apostólico del religioso, es su propia persona trabajada por Dios; y un religioso que ya no puede hacer nada no es por eso menos apostólico<sup>7</sup>.

Aquí intervienen los tres votos. Ciertamente no son los únicos elementos que dan a la vida religiosa su dimensión apostólica <sup>8</sup>y que además, tampoco explican el significado completo de los votos. Estos no tienen una finalidad apostólica pero no pueden dejar de tener consecuencias apostólicas.

De hecho los votos, que afectan al vivo nuestra carne – sus apetitos fundamentales de libertad, de poseer, y de amor -, son una ofrenda de todo nuestro ser a Cristo enviado a este mundo para hacerse carne.

Cada uno, a su manera, habla de un nacimiento de lo alto: colocándose bajo la obediencia para recibir la propia libertad de Dios solo, realizando en la castidad célibe su capacidad de darse a los demás, de recibir al otro y dar la vida, recibiendo en la pobreza todo bien como venido de Dios y perteneciendo por principio a todos. Todo esto es algo que no viene de un movimiento de las personas dejadas a sí mismas. Solamente un nacer en Dios, un nacimiento de Dios en nosotros puede ser el origen.

Los tres votos manifiestan con fuerza la dimensión escatológica propia a la vida religiosa<sup>9</sup>. A diferencia del matrimonio, que , por la descendencia, abre el presente a un futuro terrestre, la castidad en el celibato anticipa y anuncia un mundo no de generaciones sino de comunión universal, lo mismo que se promete en la otra vida, cuando “Dios hará todo en todos”. La obediencia y la pobreza por el Reino son renuncia a asegurarse un futuro terrestre por sus obras y sus posesiones. El sacramento del matrimonio pone el sello de la eternidad sobre realidades terrestres y las convierte en camino de mutua santificación común para los esposos; los esposos cristianos están así llamados, a partir de la

---

<sup>7</sup> Cf Vita Consecrata n 25: “El primer deber misionero de las personas consagradas les concierne a ellas mismas, y lo realizan abriendo su corazón a la acción del Espíritu de Cristo.”

<sup>8</sup> El entregarse a Dios, el compromiso perpetuo a través de una palabra, la vida fraterna tienen de hecho fuertes consecuencias apostólicas

<sup>9</sup> La reflexión teológica sobre la vida religiosa vuelve a encontrar actualmente una orientación escatológica; es algo feliz y fecundo.

carne, a volverse al más allá. La vocación de la vida religiosa, por su parte, es vivir aquí abajo a partir del más allá, de anunciar la promesa y la realización anticipada del más allá: vuelta hacia el más allá, marcada por la sobreabundancia de Dios que relativiza todo lo que ocurre, no puede apartarse de aquí abajo a donde el Espíritu la envía. La vida religiosa es así invitada a vivir en la carne lo que no viene de la carne – esta podría ser una definición de los votos – y enviada al mundo por una Palabra que viene de fuera (*de otra parte*) – esta podría ser la definición de la misión<sup>10</sup>. Sobre este horizonte se puede concebir la dimensión apostólica de los tres votos clásicos.

### 3. La dimensión apostólica de los votos

Durante mucho tiempo los discursos sobre los votos han sido ascéticos, presentándolos como “holocausto”, camino de santificación personal y un medio para luchar contra los obstáculos a la perfección de la caridad<sup>11</sup>, y/o jurídicos, cuando los votos se han entendido como ley y obligación.<sup>12</sup> Más recientemente, el enfoque ha sido fuertemente antropológico. Hoy, la tendencia es estar más atentos a los contextos, con los “retos” que nos lanzan, y las discusiones son espontáneamente más “militantes”, es decir “contra-culturales” basándose en una comprensión de la vida religiosa en términos de profetismo<sup>13</sup>: los votos “anuncian y denuncian”, presentan un modo de vida alternativo.

No hay que omitir ninguna de estas dimensiones pero el riesgo es disociarlas, hacer que predomine una o dejar en silencio la otra, y perder así la coherencia de la vida religiosa. Si la línea ascética ha tenido la tendencia a olvidar el horizonte tomista de la caridad, hoy puede costar a la perspectiva del compromiso integrar el don de Dios y la dimensión personal de la conversión. Volver a situar más modestamente los votos en la teología de la vida religiosa permite tomar en cuenta las diversas dimensiones y no focalizarse sobre ellos en materia apostólica. Su lugar, que es segundo y relativo, permite una variedad de interpretaciones, debidas a la experiencia espiritual de los autores y tributarios de su contexto. Para el tema que nos ocupa, más allá y como telón de fondo de esas interpretaciones, tenemos que subrayar cuatro puntos, que a mi parecer tienen que estar presentes en toda interpretación de los votos.

En primer lugar, los votos, como ofrenda a Dios, vinculan indisolublemente la

---

<sup>10</sup> Uno de los problemas de la teología de Tomás de AQUINO sobre esta cuestión viene precisamente de la dificultad en pensar la vida religiosa con relación al mundo. Si “los religiosos se comprometen por voto a abstenerse de las cosas seculares, que les sería permitido usar, para dedicarse más libremente a Dios” (*Suma Teológica II-IIae*, q. 184, art.5, concl.), es muy difícil pensar en su relación al mundo.

<sup>11</sup> Es el caso en Tomás de Aquino, para quien “el estado religioso puede considerarse bajo un triple aspecto: 1º como un ejercicio a través del cual se tiende a la perfección de la caridad; 2º como un medio de vida para liberar el corazón humano de preocupaciones exteriores; (...) 3º como holocausto por el cual uno se ofrece todo a Dios, persona y bienes.” (*Suma Teológica II-IIae*, q. 186, art.7, concl)

<sup>12</sup> Esta dimensión, ya presente en Tomás de AQUINO, la desarrolla SUAREZ y otros después de él. Simon-Pierre ARNOLD busca a rectificar esta desviación en su último libro *Au risque de Jésus-Christ. Une relecture des Vieux*, tr. Fr. Bruselas, Lessius, 2007.

<sup>13</sup> Cf por ejemplo Jacques HAERS, *Vivre les Vieux aux frontières*, Bruselas, Lessius, 2006, Simon-Pierre ARNOLD, po. Cit. o Jean-Claude LAVIGNE, *Pour qu'ils aient la vie en abondance, La vie religieuse*, Paris, Cerf, 2010.

conversión personal y la misión<sup>14</sup>. Al encarnar en todo nuestro ser el "Tú solo" que decimos a Dios, nos ayudan a acoger todo el amor de Dios que alcanza su pleno desarrollo en el servicio a los hermanos. Así como no hay hiatos entre contemplación y acción no los hay entre conversión y misión.

Además, los tres votos trabajan (*actúan, influyen*) en nuestras capacidades y dificultades de relación. En efecto, nos ponen ante los diferentes aspectos de nuestra relación con el otro. En la obediencia, estamos ante la figura del otro como mayor o como "padre"<sup>15</sup>; con la castidad, encontramos al otro como pareja, cara a cara, en relación de partenariatado; la pobreza nos presenta al otro como "prójimo", con quien compartir, él no es nada para mí excepto por la gracia y el deseo de Dios. ¿Qué relación no nos habla de uno u otro de estos modelos? Los votos nos permiten dejar que el amor de Dios se revele y transforme las relaciones que vivimos. Nos envía a vivir toda relación – y la misión ¿no existe acaso sino gracias a las relaciones? – a partir del "Tu solo" que es el nuestro.

Los votos implican igualmente una manera de mirar al hombre – a todo hombre, otro como mi mismo. La pobreza acepta mirar a la persona tal y como es, sin nada de aquello que el tener la reviste – el hombre despojado, "desnudo", tal y como salió de las manos de Dios y tal y como volverá a él el último día. La castidad en el celibato nos hace ver al otro por Dios, por él mismo o por los demás, y no en el movimiento espontáneo de vuelta a nosotros mismos. La obediencia nos pone en actitud de diálogo y nos revela al hombre como ser parlante, es decir capaz de hablar y de escuchar. Así los tres votos deben conducirnos a ser sensibles a las situaciones en las que la humanidad deseada por el Creador está herida y a hacernos cercanos de esos hermanos y hermanas nuestras que viven esas situaciones; nos comprometen también a reconocer la belleza radical de la humanidad y a dar gracias por todo lo que la respeta y la pone en valor

En fin, los tres votos clásicos manifiestan la dimensión escatológica de nuestra vocación. Inscriben en nuestra carne el más allá que nos llama. Pueden entenderse en una dinámica de espera, como la apertura, en el corazón del tiempo, de una ventana que se abre a aquello que no pasará. Ya que interrogan sin cesar nuestra sed de asegurarnos sobre lo que está a nuestra disposición, a nuestro alcance, sobre nuestra obra, y de proveer por mismos a todo lo necesario para nuestro futuro. Alimentan en nosotros el deseo de un mundo donde toda pan, incluido el pan del afecto, será compartido con todos. Marcan con esta dimensión todo compromiso, arrancándonos a lo que, según nuestro modo de mirar el mundo, y aún con las mejores intenciones o justificaciones apostólicas, puede ser siempre "mundano". Debido a este espacio, pueden indicar, en el corazón del mundo, el lugar de Dios.

El amor desciende de arriba<sup>16</sup> – los tres votos sólo tienen sentido si nos permiten reajustar constantemente nuestra vida a la acogida de este amor que nos envía. Nos

---

<sup>14</sup> Uno de los méritos del último libro de Simon-Pierre ARNOLD es el recordarnos: "Nuestra primera misión es nuestra vocación a la conversión evangélica. Nuestra propia sanación humana, cuyo taller es la comunidad religiosa y la comunidad cristiana del pueblo de Dios se convierte así en signo privilegiado de la humanidad rescatada, que anunciamos y preparamos con nuestro trabajo" (Op. Cit., p.90)

<sup>15</sup> Para convencerse, sólo tenemos que mirar las relaciones parentales que la práctica de este voto puede despertar.

<sup>16</sup> CF Ignacio de Loyola, Ejercicios espirituales, n 184, 237 y 338

recuerdan que no podemos dejar de realizar nuestra función diaconal <sup>17</sup>pero que no podemos reducir a la función diaconal la misión: ésta hay que comprenderla y recibirla no a partir del mundo y de sus gritos sino a partir de Aquel que nos envía con su Hijo y en el Espíritu. “Si distribuyese todos mis bienes en limosnas....” 1 col, 13,3

Cortesía de Vidimus Dominum – El Portal para la Vida Religiosa

**[www.vidimusdominum.org](http://www.vidimusdominum.org)**

---

<sup>17</sup> Según la clasificación de Enzo Bianchi para las diferentes formas de vida religiosa: la vida monástica, “búsqueda del seguimiento del Señor según el evangelio, punto, es todo”, la “vida apostólica en su sentido propio” se consagra a la evangelización y a la predicación, la “vida diaconal”, “al buscar responder a una necesidad surgen en la historia y en la sociedad”(op. cit., p. 68-71).